

RECUERDE USTED EL
GRAN ÉXITO DE
LA NOVELA

**EL PAGO
QUE DAN
LOS HIJOS**

DE LA
COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS
DE
LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Precio sin competencia: UNA PESETA

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

N.º 96

50 cts.



**EL
NOVELISTA
Y SU ESPOSA**

por
Thomas Meighan

NÚMERO EXTRAORDINARIO

Filmoteca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Via Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 96

El novelista y su esposa

Creación de

LILA LEE y THOMAS MEIGHAN

Famous Players-Laski Corporation y Paramount

Concesionaria: Seleccine, S. A.

Ronda de la Universidad, 14 :: Barcelona

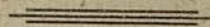
PROGRAMA AJURIA

Argumento de la película de dicho título

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
NORMAN KERRY



El novelista y su esposa



Una noche de luna, dos jóvenes estaban a punto de descubrir una cosa que sus amigos y conocidos habían descubierto hacía ya lo menos tres semanas: que estaban enamorados el uno del otro.

Isabel Grayson era el nombre de ella. Joven y rica, sólo su corazón mandaba en sus actos.

Leonardo Fayne, así llamado él, era un novelista que estaba pasando una temporada en la casa de campo de Isabel, como huésped de honor, a consecuencia de sus recientes triunfos literarios.

En el estanque de la posesión de Isabel, Leonardo la aguardaba en una frágil barquichuela.

Era de noche. La cita había sido concertada un poco antes, mutuamente necesitados de estar solos y estimularse el uno al otro a decirse lo que estaban deseando que se dijeran.

Isabel apareció por la puerta de la casa, frente al estanque y, radiante de alegría, alcanzó la embarcación desde donde Leonardo le sonreía amoroso.

Y la barquichuela frágil como en aquel instante el secreto de cada uno de sus pasajeros, se alejó sobre el mullido lecho verdiazulado...

Entretanto, en el salón de Isabel transcurría la velada que ella había organizado en honor a sus amistades.

No podía faltar a la fiesta familiar Katherine Dare, escultora y amiga íntima de Isabel.

Ni tampoco Larry Heming, primo de Isabel, que tenía desde hacía mucho tiempo la dorada ilusión de casarse con la joven millonaria. Ello parecía a todos la cosa más natural, ya que él también era riquísimo.

Incomodado interiormente con Isabel porque no le trataba como él quisiera, Larry habló acerca de este particular con Katherine.

—Tú tienes íntima amistad con Isabel y tal vez puedas explicarme de dónde viene esa pre-

dilección que parece tener por ese Leonardo, emborronador de cuartillas.

—Es muy sencillo, Larry: Leonardo es, a los ojos de Isabel, el hombre más viril y más amable que ella haya conocido.

La respuesta sinceramente pronunciada por Katherine no le fué muy agradable a Larry, quien veló su enojo con la sombra de la indiferencia.

Isabel y Leonardo conversaban, sobre el agua tranquila, de la belleza de la noche y de los parajes que bordeaba el estanque, cuando en realidad todos sus elogios los dictaba el cariño que ambos se profesaban ocultamente y se dirigían indirectamente a ellos mismos.

Isabel, ingenuamente preguntó a Leonardo:

—Si un hada le prometiese acceder a sus deseos... ¿qué le pediría usted?

—Le pediría que me diera la oportunidad de escribir con calma... sin zozobras y sin vacilaciones, para producir un libro que realmente valga la pena... —contestó Leonardo acariciando a Isabel con la doble intención de sus palabras.

Pero no había llegado aún el momento de la frase decisiva. Hasta entonces, todo se resumía a un ligero tanteo por parte de Leonardo, que parecía tímido, y a una bendita esperanza de Isabel.

La pareja emprendía ya el regreso a tierra, cuando Isabel, descubriendo, al paso de la embarcación por cierto lugar cercano a una orilla del estanque, una primorosa flor acuática, ávida de ella se curvó para cogerla, pero lo hizo con tan mala fortuna que curvarse y caerse al agua fué cosa de un instante, una misma cosa.

Leonardo, sorprendido, siguió a Isabel en su caída, para salvarla, y poco después la sostenía a flote con sus brazos a unos pasos de la orilla, mientras el agua le llegaba a él hasta la cintura.

Si se detuvo Leonardo, fué con un motivo: sentir la dulce impresión que le producía la inefable ventura de tener en sus brazos el cuerpo de la dueña de su corazón.

—¿Creyó usted que se ahogaba?—la preguntó para justificar con algo su permanencia en el agua.

—No. Estaba segura de que usted me salvaría... Esto parece una escena de novela, ¿verdad?

Sus miradas convergieron en sus miradas, sus ansias en sus ansias... y el escritor escribió con los labios la lamentación de un enamorado:

—Si tuviese yo algo que ofrecer a usted, Isabel... o si no fuera tan excesivamente rica...

Rióse triunfante Isabel y bromeó con Leonardo:

—¿Se ha propuesto hacer una escena romántica sin salir del agua?... ¡Vamos a coger una pulmonía!

Imitó Leonardo a su amada, que con risa



...se dedicó a escribir la soñada obra maestra, pero notó que no estaba muy dispuesto a ello....

sana, presagio de felicidad, había acogido su declaración de amor, y desde aquel momento se olvidaron de la posibilidad de resfriarse.

Y unos meses más tarde, el genio pobre y la rica heredera llegaron a casarse.

Después de la luna de miel, Leonardo se de-

dicó a escribir, sin inquietudes ni preocupaciones, la soñada obra maestra, pero notó que no estaba muy dispuesto a ello, y se lo dijo a Isabel:

—No sé por qué no me siento inspirado... No tengo la misma facilidad que tenía antes para escribir...

—No te preocupes... Buscaremos un estudio tranquilo y alejado del centro, donde puedas trabajar en paz—le contestó Isabel que adoraba en su marido.

Al poco tiempo, Leonardo se preparó a trabajar de veras en su flamante y apartado estudio, sin interrupciones impertinentes.

*
*
*

Si bien uno, dos, o tres días a lo sumo estuvo solo, y escribió algunas líneas después de haber instalado sus cosas con el mejor gusto posible para adornar el recinto de su Musa, el cuarto día ya no le dejaron trabajar.

En efecto, apenas comenzaba a escribir, recibió un paquete acompañado de la siguiente carta:

Amigo Leonardo:

Nadie más que usted tiene derecho a esta estatuilla de Isabel, que he modelado para usted. Deseo que le lleve inspiración a sus trabajos.

Katherine Dare.

Leonardo desarrolló la figura estatuaria de su queridísima esposa y admiró el talento de la artista. Los rasgos de Isabel habían sido reflejados con escrupulosa exactitud.

Complacido de tal obsequio, Leonardo colocó encima de su mesa-despacho y, pidiéndole mucha materia para escribir, reanudó su tarea literaria.

Mas no pudo continuarla mucho rato, pues Larry, el primo de Isabel, acababa de llegar.

Esta visita no fué para Leonardo tan grata como el recibo de la estatuilla obra de Katherine, pero hubo de simular estar muy agradecido a Larry por haberse molestado para pasar a saludarle.

Este también había traído un paquete, mucho menos voluminoso que el de Katherine y, como el de ésta, contenía un objeto—una esfinge mitológica—, para Leonardo.

Tras los cumplidos de rúbrica, Larry dijo a Leonardo, entregándole el aludido paquete:

—Un pequeño regalo, por si sirve para adornar este taller de trabajo...

Expresóle Leonardo su agradecimiento lo mejor que supo hacerlo, y se quedó mucho más tranquilo cuando Larry se marchó, enojado para sus adentros porque había visto la estatua de Isabel... ¿Era capaz Larry de quererla más que él...?

Como lo hizo con la estatuilla que representaba a su Isabel, Leonardo buscó un sitio donde colocar el regalo de Larry, dejándolo de momento encima de su mesa-despacho.

Luego, volvió a tomar la pluma, pero la aparición de un muchacho japonés, encargado de la limpieza del taller de Leonardo, impidió a éste adelantar en su empresa, ya que el referido criado, al ver la esfinge extraña que le trajo Larry a Leonardo, se puso a temblar de temor, y explicó la causa de ello:

—Ese es el dios del odio. ¡Me da mucho miedo!... ¡Todo me saldrá mal mientras esté aquí!

Leonardo rióse de la superstición del criado y, para tranquilizarlo un poco, cambió de sitio dicha estatuilla, colocándola sobre la cornisa de la chimenea. Después de esta operación, se quitó de delante al muchacho aun presa de pánico.

—Vete a arreglar la alcoba y déjame en paz... Tengo mucho trabajo.

Así lo hizo el japonés, pero en la indicada pieza armaba, inconscientemente movido por torpes gestos hijos del espanto, un ruido fenomenal que no dejaba escribir con atención a Leonardo.

De súbito... y de nuevo, llamaron a la puerta de la casa. Salió él mismo a abrir, dispuesto a mandar con viento fresco al intempestivo visitante que fuere... pero su enfado volatilizóse en el acto al dibujarse en el marco del umbral del taller la delicada figura de Isabel.

—¡Ah!, ¿eres tú?

—Sí; no me esperabas, ¿verdad?

—A fe mía que no.

—He querido sorprenderte... gratamente, ¿no?

—¡Mujercita mía, quién lo duda!

Leonardo había cerrado la puerta de su gabinete de trabajo, y con cariñosa atención la empujó hacia el interior.

—He venido por tí para que descanses... Demasiado has trabajado esta semana—le informó ella.

—¿Demasiado, dices? ¡Si no he escrito una sola cuartilla! Si este es el rincón tranquilo que necesita mi espíritu... me parece que de aquí no sale ni un cuento tártaro mío. Toda la mañana he sido interrumpido, y precisamente hoy solamente he podido dedicarme a mi libro.

—De modo, que yo también he sido intempestiva...

—¡Tú no, mujer! Ni nadie... Es un decir... para justificar a tus ojos mi escaso trabajo.

—Por mi parte, en lo sucesivo no te «mostraré» más. Pero hoy, tengo que pedirte un favor... ¡Ah!... ¡Esta soy yo! Yo no sabía... ¿Te la mandó Katherine?—le preguntó Isabel a su esposo, refiriéndose a la estatua.

—En efecto, ¿quién si no ella?

—No me enteró de ello.

—Ya ves lo que encima de mi mesa, frente a mí, tú representas: mi Musa.

—Pues deseo que te ayude a hacer bellas páginas, Leonardo. Y, ahora, hablemos de ese favor que de tí deseo: quiero que estés libre tres días.

—No es posible, mi Isabel. Tres días de abandono de mis cuartillas pueden perjudicar bastante mi idea...

—Pero Leonardo, por Dios... si es una fiesta organizada en honor nuestro... No podemos faltar.

—Bueno...

—Además, quiero presentarte a todos mis amigos.

—Bueno... pues iré contigo.

—Así me gusta, que seas obediente a tu mujercita... Entonces hasta luego. Te espero en casa dentro de poco... Voy a hacer algunas compras y regresaré en seguida.

—Adiós, Isabelita.

—Anda, arréglate aprisa... ¡Adiós!

Leonardo se convenció de que el hombre propone... pero los demás disponen, y no le cupo otro remedio que abandonar su trabajo hasta unos días después.

Avisó de su partida al criado diciéndole:

—Ya puedes hacer todo el ruido que se te antoje... No volveré hasta el martes.

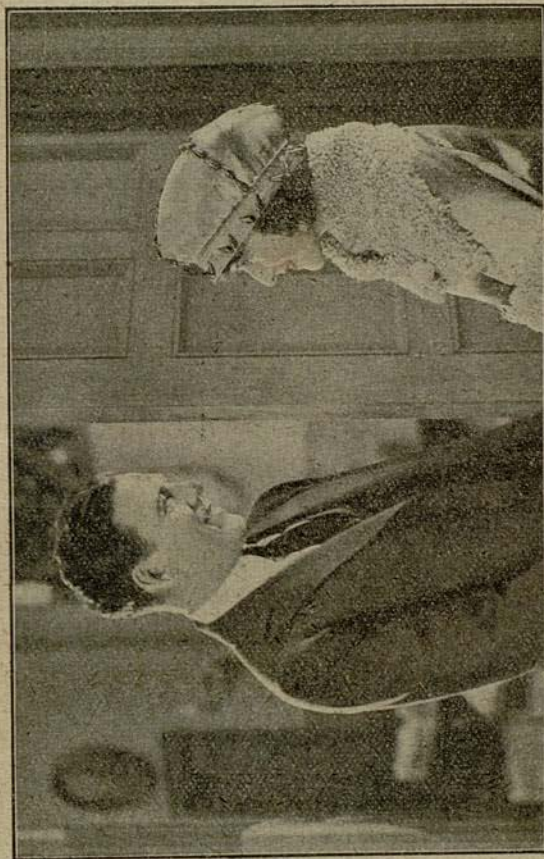
El japonés lo sintió en el alma, pues su ausencia le obligaría a entrar en la casa desierta y se vería, solo, frente al dios del odio, que tanto temor le infundía.

*
*
*

Para el hombre que, desde la infancia, no ha conocido más recreación que la severa recreación del trabajo, la dorada ociosidad, vestida de cascabeles, es un atractivo encantador.

Leonardo era una prueba de ello, pues se divertía, mientras, en el taller, empolvadas, dormían las futuras obras maestras.

Y desde entonces, Leonardo se aficionó a la



—Así me gusta, que seas obediente a tu mujer... Entonces hasja luego...

vida de molicie y de fiestas mundanas, y se convirtió en un ocioso, sin ideales ni ambiciones... ¡Y llegó a contraer el vicio de la bebida!

Cierta noche, en una reunión íntima que organizara una amiga de Isabel, invitando a ésta y a Leonardo, Isabel no asistió, haciéndolo únicamente su esposo quien se encargó de disculpar su ausencia con un pretexto cualquiera, una indisposición pasajera, un poco de jaqueca.

Katherine, como buena amiga de Isabel, se marchó de dicha reunión—pues ella también había sido invitada a la misma—al enterarse de que aquélla no se encontraba bien, y le hizo una visita en su casa.

—¿Qué tienes, Isabelita?

—Ya lo puedes ver, Katherine: estoy perfectamente bien.

—Creí que era verdad lo de la jaqueca.

—No. Fué sólo por disimular. No puedo resistir el ver que mi marido es el hazmereir de todo el mundo... Desde hace algún tiempo no parece el mismo.

—Ya lo sé, Isabel, y lo lamento como puedes imaginarlo... pero opino que tú eres, en parte, culpable de lo que pasa.

—¿Yo, Katherine...?

—Sí, tú... Le has acostumbrado a la vida có-

moda y sin preocupaciones, y no tiene estímulo ninguno para el trabajo.

—¿Acaso supones que yo he echado a perder a Leonardo... con mi dinero?

—Eso es precisamente lo que quise decirte.

—¡Oh, es horroroso! ¿Qué me aconsejas que debo hacer para detenerlo en esa pendiente tan peligrosa?

—Yo creo que lo mejor, como en todas las cosas trascendentales, es adoptar una resolución inmediata, tanto más grave como sea posible; por ejemplo, si lo abandonas, por algún tiempo, tal vez el desengaño le cure y le haga volver en sí. ¿Por qué no vienes conmigo a Europa?

—Lo pensaré, Katherine, lo pensaré... ¡Dios mío, quién iba a pensar que Leonardo era tan débil de carácter...!

—Insisto—porque comprendo que será violento para tí cortar de una manera tan radical el vicio nefasto de Leonardo—en que no debes vacilar en decidirte con energía a hacerle volver a la razón, a su antigua vida... Cualquiera debilidad por tu parte, aumentaría su debilidad.

—Sí, lo veo claro... tienes la verdadera impresión de la realidad.

—No quiero importunarte más con mis consejos—que hartos sabes son leales—y te dejo a

tu meditación. Hasta mañana, Isabel. ¿Me das un beso?

—Adiós, Katherine... y gracias...

En la reunión, mientras tanto, Leonardo, como en otros lugares en otras ocasiones, llegó a servir de diversión para aquellos mismos que antes ensalzaron su fama. Y no faltó un bromista que lo condecorara, antes de emprender el regreso a su casa, *con una cruz de hierro colado*. ¿Qué quedaba del hombre? ¿Qué, del artista? ¡Un simple monigote! ¡Pobre muchacho!

Muy tarde ya, Leonardo volvió a su casa en lamentable estado.

Isabel le esperaba, luchando con el sueño que plomizaba sus párpados.

Al verla, Leonardo, instintivamente, sacó de su bolsillo un papel y se lo enseñó.

—¡Has vuelto a escribir!... ¡Qué gusto! Deja que lo lea...—dijo Isabel deseando que eso fuese verdad para remontar su decaída esperanza respecto a él.

Pero su ilusión se trocó en burdo hecho positivo al contestarla Leonardo entre gestos estúpidos:

—¡Una oda dedicada al perro faldero de Minnie!

—¡Leonardo!

—Como tú quieres que escriba cosas aristocráticas...

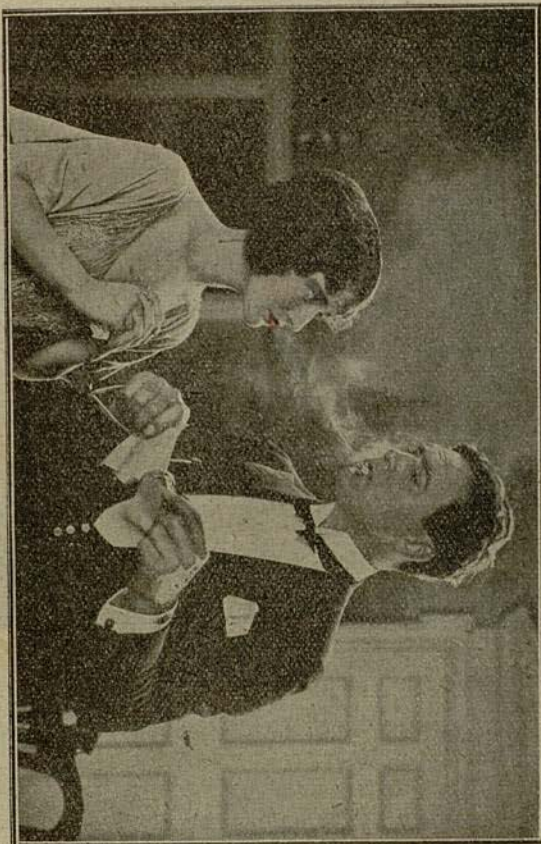
—Admito que te rogué que nuestro ambiente te sugiriese algún asunto moderno pero nunca te propuse que hicieses el ridículo. Tú desvarías, mi pobre Leonardo, y te pones exa-



Muy tarde ya, Leonardo volvió a su casa en lamentable estado.

geradamente fuera del buen tono, conmigo misma y con todos los que nos conocen.

—Si en tu opinión está que yo no soy el mismo de antes, también he de decirte que, desde que vinimos al campo, has cambiado bastante, Isabel. Creo que no estaría mal que



—Como tú quieres que escriba cosas artísticas..

fuéramos a la ciudad, a ver si allí te sientes más amable y podemos divertirnos en grande...

—Eso es lo que tú quisieras... ¡mas no será!

—¿Cómo...?

—Ya hablaremos más tarde... cuando estés en condiciones de ayudarme a resolver conienzudamente un grave asunto.

—¡Isabel, sé lo que me digo, y me ofendes con tu apreciación!

—¿Estás seguro de que comprenderás lo que te diga?

—Sólo tengo una palabra...

—Pues óyelo bien y que no se te olvide...; puedes ir a la ciudad y vivir como te parezca, pero irás solo.

—¿Qué dices...?

—¿No comprendes que las cosas han llegado a tal punto... que... es preciso que nos separemos?

—¡Ah!... ¿Es que estás enamorada de otro hombre?

—Sí, de otro hombre, Leonardo.

—¿De quién...?

—Del hombre cuyo rostro sonrío en este medallón que es mi más preciada joya... del hombre que supo ganar mi corazón por entero con palabras cariñosas aromadas de amor... del hombre que tú fuiste, Leonardo... Compárate tú mismo...

—¿Entonces, es que quieres que vuelva yo a ser el bohemio bobalicón y sin dinero que era antes de casarnos?

—Lo que sólo quiero, es que te regeneres, que vuelvas a ser el hombre de genio que conquistó mi vida, Leonardo.



—¡Ah!... ¿Es que estás enamorada de otro hombre?

—¡Qué genio ni qué calabazas! ¡No volveré a sudar con la pluma!

—En estas condiciones, nada tengo que añadir a lo que te he dicho antes... Puedes hacer lo que te plazca. ¡Adiós!

—¡Déjame en paz!

*
*
*

A eso de media tarde—pues se acostó a la madrugada rayana con el alba—, Leonardo se despertó con la vaga noción de que había cometido una tontería y que era preciso hacerse perdonar.

Un criado le llevó a su cuarto una carta y se puso a sus órdenes para servirle el «desayuno».

Lo primero que hizo Leonardo, fué decirle lo que sigue al criado:

—Llama al jardinero, y dile que le lleve a la señora, de mi parte, la cesta de rosas más grande que tenga.

—La señora ha salido, señor, y me entregó esta carta...

Leonardo, con un vago presentimiento de lo que iba a leer, se enteró del escrito de Isabel, en el que ella le decía:

Querido Leonardo:

Hoy salgo para Europa. Como traté de hacerte comprender, es lo mejor para los dos.

Isabel.

P. D.—Pide a mis banqueros cuanto te haga falta.

El correctivo que recibía Leonardo fué muy duro para él, pues quería con toda su alma a Isabel.

Se sintió avergonzado de sí mismo, de haber merecido el abandono de ella, y la oferta de dinero que Isabel le hacía era como una bofetada impía en una llaga abierta.

Y a pesar de su arrepentimiento, el gesto de la esposa rebeló al abandonado marido, quien, en un vigoroso dictado de su amor propio, dijo al criado:

—Haz mis maletas. Me marcho.

Luego, escribió una carta para Isabel contestando la suya, en lo que le puso:

Querida Isabel:

Recibí tu carta. Tu saldo en el Banco quedará intacto. No acepto pensiones. Gracias.

Leonardo.

Una doncella, que tenía el encargo de no saber dónde estaba, en espera de la salida del vapor para Europa, Isabel, hizo llegar a manos de ésta la respuesta de Leonardo, que, incomodado con su esposa, no trató de averi-

guar su paradero para ir a presentarle todas sus excusas.

*
**

Firme era el propósito de Isabel de alejarse de Leonardo por algunos meses, hasta ver si renunciaba a sus nuevos hábitos, apenado de haber cambiado los antiguos por éstos, y, con Katherine, embarcó en el vapor con rumbo al otro continente.

Pero, durante la travesía, los recuerdos no se apartaban de su mente. Aquella mar alborotada contrastaba con irónico acento con la evocación de la mansuetud de las aguas del

estanque que fué testigo de su primer y único amor.

Katherine, crédula del buen resultado que le daría a Isabel su ejemplo de dignidad a Leonardo, le aconsejaba valor para imponerse—por su propio bien—al afecto que parecía resistirse a dejarse llevar lejos del esposo amado.

Mudos e impasibles pasaron unos días desde la separación de Isabel y Leonardo.

Este, huyendo de la sociedad en la cual dejó los despojos de su talento, buscaba el olvido en el alcohol. ¡Ah, si Isabel lo hubiese sabido...!

Sin embargo, aun en los momentos en que más oscurecida estaba su mente, el instinto del novelista no abandonaba a Leonardo y, cierta tarde, no pudo dejar de fijarse, con cierto interés, en un pobre desgraciado que frecuentaba la taberna en que él iba a menudo.

Aquel infeliz entregado como Leonardo al alcohol había llegado a perder la razón, y en aquel momento su espíritu extraviado planeaba siniestros y desatinados planes.

De súbito, se oyó el estampido seco de un tiro y la brutal caída de un cuerpo al suelo: el desdichado alcohólico se había quemado las sienes para libertarse de su martirio...

Leonardo—que bebió febrilmente contemplando al suicida—, borracho ya del todo,

desató su imaginación de novelista, y en medio de su embriaguez creyó ver un ejemplo a seguir, donde sólo había para él una lección: una horrible consecuencia del vicio no contenido a tiempo.

Perturbados sus sentidos entre los humos asfixiantes del vino, Leonardo salió de la taberna con una idea tenebrosa en su exaltado cerebro: morir también, como el otro, pero sin molestar a nadie como éste lo hiciera pegándose un tiro.

Ebrio y todo, Leonardo buscaba la poesía en el instante fatal: se arrojaría en el río, lejos de todos los ruidos y de todas las miradas.

Cerca del lugar elegido para su trágico plan estaba Leonardo, mirando con extraviado mirar las aguas tranquilas que pronto le acogerían en su mullido seno, cuando, de súbito, vió, a pocos pasos de sí, a una mujer, joven y, a juzgar por las apariencias, ciega.

Ocultóse Leonardo detrás del parapeto que separaba la calle de la orilla del río, por si contrariamente a lo que había supuesto esa mujer pudiera verle, y esperó que se fuera acercando a él.

Esa joven, era Estela Klots. Huérfana desde muy temprana edad, con un corazón angelical en el fondo, pero sin nadie que guiara sus pasos en este mundo, sólo conservaba un lejano

y confuso recuerdo de los principios que su madre la inculcara. Y al perder la vista, a consecuencia de una enfermedad que no pudo combatir por falta de recursos, cayó en la más horrible desesperación.

Estela, siguiendo la senda que conducía al río, llegó hasta él, sin ver, naturalmente, a Leonardo, que la contemplaba convencido y dudando de lo que iba a hacer aquella pobre criatura.

La ciega arrodillóse sobre los guijarros de la orilla del río y con sus manos se aseguró de que aquel era el sitio que mataría sus penas.

Entonces Leonardo, a través del tupido velo que cubría sus ojos, vió la intención de la pobrecita y un sentimiento de piedad sacudió su ser.

Pero Estela no le dió tiempo de resolverse a oponerse a su descabellado propósito, pues olvidándose hasta de sí misma tiróse al río.

Leonardo hizo lo mismo, mas con distinto motivo que el que le impulsó a ir a aquel lugar, y arrancó a Estela a la muerte.

La huérfana, con la esperanza puesta en la muerte, se oponía rotundamente a que la salvaran, y Leonardo tuvo que hacer inauditos esfuerzos para depositarla sana y salva en la orilla.

Los dos estaban extenuados de fatiga; no obstante, Leonardo halló aún fuerzas en su decaimiento físico y moral, y como su taller, durante todo ese tiempo abandonado, estaba a dos pasos, para dar asilo a la suicida, arrepentida ya y temblorosa, la condujo a él.

—No llore usted, mujer... Me alegra que no esté dispuesta a intentar de nuevo matarse. Le daré unas ropas que ahí tengo; póngaselas usted a cambio de las que lleva y duerma por hoy en esta cama con toda seguridad. Yo iré a pasar la noche en un hotel de la vecindad. Y mañana ya hablaremos, ¿eh?

—No, no... Espere... Mis ojos están ciegos... Por eso caí en la desesperación... Comprendo que hice mal... pero me da miedo la obscuridad... No me deje... Por favor, no me deje sola.

—Bien, mujer, bien... Me quedaré... Estaré en la pared por medio... y nada tiene usted que temer... Pero no llore, se lo suplico.

—Si ya no lloro... Si es que...

—¡Pobrecita! — murmuró Leonardo, acariciándole los cabellos, viéndola tan desgraciada.

Y lloraron los dos... sin que la desventurada pudiera ver las lágrimas de Leonardo, para besarlas de gratitud.

¡Mundo, mundo, qué de miserias contiene!



Desde el día siguiente de haber salvado a Estela, Leonardo volvió a escribir, recuperó la virilidad de los primeros tiempos y trabajó de valiente, convencido de pleno de que no puede uno rescatar de las sucias aguas de un río a una jovencita, sin adquirir cierta responsabilidad y protegerla contra los nuevos embates de la existencia.

Fué para ella, más que un hermano, un padre.

Cuidó de ella con abnegación.

Dispuesto a no reparar en nada con tal de que Estela fuese feliz el resto de sus años, mandó llamar un oculista y le encargó de la curación de su ceguera.

El especialista en enfermedades de los ojos

requerido por Leonardo, hizo un detenido examen de la causa del caso de Estela, y al cabo de unas visitas tuvo la satisfacción de decirle:

—No se aflija, joven. Dentro de un año estará usted curada.

—¿De veras? —preguntó ella anhelante.



—...Mis ojos están ciegos... Por eso caí en la desesperación...
Comprendo que hice mal...

—Nada más cierto. Lo único que necesita es descanso, alimentación sana y tranquilidad absoluta.

Sobre estas recomendaciones, marchóse el oculista.



—Ya ves lo que encima de mi mesa, frente a mí, tú representas: mi Musa.

Estela se repetía aún las palabras llenas de esperanza que éste había pronunciado respecto a su curación.

En cambio, Leonardo estaba triste y ocupado en la bochornosa operación de hacer el arqueo de sus bolsillos para determinar el dinero que le quedaba.

Estela oyó el sonido de las monedas que pasaban de una mano a otra de Leonardo, comprendió lo que aquella cuenta significaba y pintóse en su pálido rostro la amargura.

No queriendo ser una carga para él, tan bueno, le habló así:

—No puedo seguir aquí más tiempo, señor Fayne. Usted es pobre y no me considero con derecho.

—Tú fuiste quien me salvó a mí de ser un cobarde... De modo que sería una ingratitud que te abandonase ahora.

—Yo no puedo permitir que usted se sacrifique por mí.

—Yo, Estela, me debo a tí como si tú fueras una cosa muy querida, un recuerdo de antaño que ha de vivir siempre en mí... Sin tí, tal vez ya no existiría. . Aquella noche en que te salvé... me salvé a mí mismo por tí. Yo también he conocido la desesperación, Estela, y, lo mismo que tú, tengo ahora un consuelo: el tuyo es ver...; el mío... es otro...

—¿Cuál?

—Ser lo que fui antes...

—¿No lo es usted ya?

—Todavía no, Estela.

—Luego, sería algo así como un santo...

—Acertaste. . Como un santo...

Para ella, su Isabel—pensó para sí Leonardo—, él era más que un santo, un ser adorado.

Entretanto, a centenares de leguas de distancia, Isabel trataba de olvidar sin poder conseguirlo.

Pero Larry Heming había seguido a su prima hasta allí y no la dejaba en paz. La pretendía

más que nunca y pensaba que la ocasión de hacer variar a Isabel de sentimientos, hacia él, inclinándola de su parte, no podía ser más propicia entonces.

Y cada vez era más insinuante con ella.

Isabel, incólume su amor por Leonardo como el primer día que le quiso, se desentendía de los galanteos de su primo, conteniendo así la osadía del persistente enamorado.

Hasta que un día Isabel le habló más claro que de costumbre, pues las cosas tomaban un rumbo que no le parecía a ella nada correcto ni tolerar ni siquiera seguir con la misma indiferencia que hasta entonces.

Se hallaban solos, en el jardín de una hermosa quinta que Katherine e Isabel habían alquilado, cerca del mar, en la bella Italia, sentados en un mismo banco, muy cerca el uno del otro.

—No debiste haberme seguido a mi destierro voluntario, Larry... ni hacer lo que estás haciendo. Yo no sé si obré bien o mal dejando a mi marido solo, pero lo que sí sé de cierto es que mientras él viva sabré cumplir con mi deber de esposa.

—Ese hombre no merece el inmenso cariño que sientes por él.

—Aunque así fuera, merecerá siempre mi

respeto... por lo mucho que nos hemos amado...

—El, es probable que se haya olvidado de ti...

—No importa, Larry: el recuerdo no parece más que con nosotros mismos.

—Pero, tú tienes derecho a vivir... Eres joven... Bien sabes cuánto te he querido siempre... Reflexiona, Isabel... ¿Por qué no te divorcias de él?

—No sigas, Larry, por favor...: esta conversación me es sumamente enojosa.

—Te obedezco, Isabel... pero confío en que no echarás al olvido mis ansias de llevar consuelo a tu corazón.

—Vano empeño, Larry.

—Sabré esperar, prima.

Leonardo, en América, escribía con pasión y hallaba, con sorpresa, que podía trabajar con fruto y con inspiración, sin darse cuenta de lo que pasaba en derredor.

Estela, sometida desde hacía algunos meses a un tratamiento especial seguido escrupulosamente con el deseo de recobrar pronto la vista, había hecho grandes progresos en tal sentido, y ya, con la ayuda de gafas, distinguía los seres y las cosas.

Gracias a ello, el taller de Leonardo fué paulatinamente, cambiando su aire severo por

el aspecto risueño y ordenado que le daba Estela con sus cuidados de mujer hacendosa.

Incluso entraron flores en la casa y con mudo asombro de la huérfana—que ya se sentía feliz—, Leonardo colocó un ramillete de olorosas hijas de los campos ante la estatua de Isabel, que le regalara Katherine tiempo atrás, y quedamente recitó una letanía de adoración...

Y escribía, escribía con afán de recuperar, además del tiempo perdido, la estima de la musa de sus sueños de hombre.

* *

Cada nuevo día que pasaba de algunos días a aquella parte, Isabel no era la misma. Gustaba de estar sola, y cuando lo conseguía su espíritu se llenaba de una obsesión única: Leonardo.

Uno de los atardeceres de aquellos días, Isabel fué a la playa con Katherine, y se sentaron frente al mar.

Habían estado hablando de cosas insignificantes una y otra, hasta que la contemplación de una escena altamente sentimental les hizo enmudecer de emoción.

Se trataba nada menos que del regreso de una barca pesquera. Dos hombres, ya entrados en años, pero vigorosos y de buen porte, la tripulaban. Pronto sus fondos descansarían sobre la arena. Una mujer, con un niño de unos meses en sus brazos, seguía con la mi-

rada el balanceo de la embarcación en las olas. Desde la barca un hombre tendía sus brazos, alborozado, hacia los dos seres que le esperaban: su esposa y su hijito. Al saltar a tierra, la mujer levantó en alto al rorro, que se dejaba hacer con esa resignación extraordinaria de los pequeñuelos, y lo adelantó al padre que anhelaba cubrirlo de besos. Complacido con creces en su primer impulso de ternura, el esposo besó a su vez a la buena compañera y, despidiéndose del camarada a quien nadie había ido a esperar—tal vez porque era solo en la vida—, se alejó ufano de su dicha el pescador con el tesoro de su heredero y la fortuna de su consorte.

Ante ese sublime cuadro real, Isabel, que ya empezaba a darse cuenta de que no debía haber dejado a su marido, y molesta por la pesada insistencia de su primo, tomó en el acto una resolución.

Katherine adivinó lo que le quería decir Isabel, pues vió cómo unas lágrimas se escapaban de sus ojos cuando el pescador compensaba las horas de angustia de la esposa con unos besos de gratitud por haber pedido al cielo por él.

—¿Qué te pasa, Isabel?—preguntóle Katherine.

—No es preciso que te lo diga, mi buena

Katherine. Tú lo sabes tanto como yo. No debo seguir por más tiempo aquí... Mi deber y mi corazón... me llaman sin cesar al lado de Leonardo.

—¿Vas a regresar a América?

—Sí... Cuanto antes... Ven conmigo, Katherine... No importa lo que sea, ni en qué se haya convertido... Es preciso que vuele a su lado...

—Por mí... cuando lo desees.

Rápidos fueron los preparativos del regreso al hogar del que desertó Isabel para consolidarlo mejor, y aquella misma samana un vapor con rumbo a América llevaba consigo, entre otros, a las dos mujeres... y a Larry, quien de su propia iniciativa las acompañaba, pues ¿qué le importaba a él Italia si en ella no estaba Isabel?



El deseo de vencer de Leonardo, fué coronado por el triunfo soberano, y no fué sin sorpresa que se enteró de que el libro que escribió, ungido por el acicate de la necesidad, había tenido un gran éxito.

La reaparición en el campo literario, después de su, para los más, inexplicable ausencia, había sido favorablemente acogida, y su nueva novela se popularizaba asombrosamente.

El reconocido talento, unido a la curiosidad de descubrir en alguna frase o palabra un indicio de su ausencia de las letras, había hecho de la edición de su reciente obra la nota más saliente, en su género, del día.

La empresa que lanzó su producción adelantó a Leonardo una respetable suma de dinero, y nunca como en aquel momento sintió más la satisfacción de verse dueño de algo

muy suyo, de algo ganado honradamente, con el sudor de su frente o de su espíritu, que no es precisamente necesario lo primero...

No era, ni remotamente, rico; pero su dicha presente era más suya que la de legión de afortunados.

Gozar de prestigio, contar con muchas simpatías, correr su nombre de boca en boca, era verdaderamente un tesoro incomparablemente superior al saberse únicamente cargado de oro.

La estima de los demás es algo de nuestra propia estimación; es un orgullo, bien entendido, que todos debiéramos tener.

Al recibir el dinero como anticipo de su parte proporcional en la venta de la novela, Leonardo acarició el deseo de dar una alegría a su protegida Estela, la cual usaba aún gafas, pero cuyos progresos curativos de su debilidad ocular, eran de más en más notables y eficaces.

Buscando lo que le parecía que le gustaría con preferencia a todo, Leonardo se detuvo en una opinión suya acerca de lo que le puede agradar más a una mujer, y le compró un vestido blanco, un sombrero, blanco también y con flores, y unos zapatos albos para completar el juego con las correspondientes medias asimismo níveas.

Tal un padre, que sobre todas las cosas se inclina del lado de la felicidad de su joven familia, formada con su cariño y su ilusión toda, Leonardo regresó aquel día al taller, celebrando de antemano la sorpresa que le daría a Estela, cuya conducta era un modelo de abnegación.

Así que entró en el taller, Leonardo la dijo:

—Cierra los ojos sin hacerme trampa, y cuando yo te diga que los abras, despegas tus párpados... Si te equivocas, pierdes.

—Obedezco, señor Fayne. Ya está... ¿Los vuelvo a abrir?

—No... Espera, mujer... Si hoy ves, lo debes a la esperanza... Todo lo debemos a ella...

—Bueno; déjeme usted libre de sermones y haga el favor de levantarme la prohibición de mirar lo que hace. ¿Le parece a usted bien que vuelva a ser ciega?

—¡Eso sí que no, hijita! Vuelvan, pues, a la luz esos ojitos, y dime: ¿te parece justificada la espera si tras ella te regalan todo esto?

—¡Oh, señor Fayne! ¿Por qué ha hecho usted esto?

—¿Eh? ¡Vas a reñirme por mi prodigalidad?

—Lejos de tal cosa, pero yo no quiero más gastos para mí. ¡Le habrá costado muy caro!

¡Ea, que me quiere usted demasiado!

—Pues me gusta tu manera de darme las

gracias. Anda, tontina, toma estas ropas y ve a probártelas ahí dentro. Ya verás lo bonita que te encuentras tú misma. Pero, antes, quiero que sepas el motivo de mi regalo. La novela, sabes, el libro que he escrito desde que tú y yo volvimos a la vida, está haciendo furor.



—¡Oh, señor Fayne! ¿Por qué ha hecho usted esto?

—¡Oh, cuánto me alegro!

—De modo que mi regalo no es tal regalo: es ella, la novela, quien te lo hace. ¡Te lo debía!

—Pues voy a ponerme guapa... aunque será muy difícil... pues de sobra sé que no lo soy.

—Egoísmo y mujer, sois una misma cosa. ¿Eres adorable por lo buena, y aun quisieras más?

—Señor Fayne, no se enfade conmigo... Yo soy lo que usted quiera. Conque, me voy a mi cuarto.

Desapareció Estela cargada con el vestido de Fayne, no, perdón, *de la novela*, y el satisfecho autor sonreía lleno de gozo.

Mientras Estela pasaba los más apurados apuros por vestirse, llamaron a la puerta del taller.

Leonardo abrió y le extrañó la inesperada visita de Larry Heming.

—¿Cómo usted por aquí después de tanto tiempo sin verle? —le preguntó, afablemente en apariencia, Leonardo a Larry.—¿Estuvo usted de viaje?

—No, la verdad; siempre estuve aquí... pero como no se ha dejado usted ver por ninguna parte creí que no estaba en la ciudad.

—Pues ya ve usted que no he cambiado de domicilio.

—Lo supe esta mañana por su editor, a quien fuí a interesarme por usted tan pronto me he enterado de la publicación de su libro. Vaya, le felicito, amigo Leonardo. Usted es de los que llegan... Sí; por referencias he sabido que



—Pues voy a ponerme guapa... aunque será muy difícil... pues de sobra sé que no lo soy.

su obra es interesantísima. Tendré el gusto de leerla.

—Se agradece la atención.

—Pero claro, estará muy triste y nostálgico aquí, ¿eh, Fayne? Le admiro con sinceridad. En efecto, no puedo concebir que un artista de su temperamento viva aislado como usted... aunque yo no pretenda, como lo puede suponer, saber la vida que todos ustedes llevan.

—El ambiente en que uno se amolda a vivir depende de la voluntad que uno mismo tiene. Yo no vivo mal en esta austera soledad.

—*Austera...* usted dijo la verdadera palabra.

—*Muy austera*, sí, Larry—recalcó Leonardo al percatarse de que el primo de su mujer—a quien, sin ser él también supersticioso como el muchacho de limpieza japonés que empleó antes en su taller, no miró más con buenos ojos desde el día que le regalara la estatua del dios del odio—dirigía insistentes miradas al sombrero que Estela había olvidado, con los zapatos y las medias sobre una silla.

Decayó paulatinamente la conversación hacia formulismos de rúbrica y así llegaron ambos parientes a despedirse.

Leonardo, convencido de la mala ley de Larry, le negó, disimuladamente, la mano cuando Larry le tendió la suya antes de marcharse.

No bien hubo salido Larry, Estela apareció ante Leonardo con aire compungido y tan mal compuesta como pudo hacerlo.

—Con estas cosas estoy peor, señor Fayne... No me sirven—le dijo, refiriéndose al vestido cuyos adornos colgantes no sabía donde ponerlos la huerfanita.

—Si dices, aunque mal, que no te sirven, piensa a lo menos en lo útiles que le van a ser a ese caballero que acaba de honrarnos con su presencia...

—¿Se disgustó usted con él?

—En poco estuvo que no lo hiciera.

—Tanto mejor... Así no estará usted de mal humor para explicarme cómo se ponen todos estos volantes... Yo estoy perdida.

—A ver si te salvo. Ven acá...

*
**

Dispuesto a no perder tiempo, Larry, ave de mal agüero, se apresuró a ir a buscar a Isabel a su casa.

Como ella, Katherine y Larry llegaron a Nueva York el día antes.

Apenas le vió, Isabel dijo a su primo, mostrándole el libro nuevo de Leonardo, con orgullo de esposa:

—Leonardo vuelve a ser el estimado hombre de genio que yo conocí... como con tanto fervor he estado pidiéndoselo al Cielo...

—No cabe duda de que es así...

—Llamé por teléfono a su editor, que me dijo que estaba en su antiguo taller... y mañana lo sorprenderé con mi presencia allí.

—Como amigo de ambos, yo me adelanté y fui a visitarle esta tarde.

—¡Ahl ¿ya le viste?... ¿Cómo está?... ¿Te preguntó por mí?

—Bien sabes, Isabel, cuál sería mi mayor anhelo si tú quisieras... y aunque ciertas cosas no está bien que yo mismo te las diga, puesto que me preguntas, voy a contestarte: Su nuevo libro es genial... pero no eres tú quien se lo inspiró.

—Eso no importa...

—Podrías obtener tu divorcio cuando quisieras, muy fácilmente.

—No... No... Ya te he dicho antes de ahora, Larry, lo que pienso de esa costumbre, que en mala hora se introdujo en nuestro país... Además, yo tuve la culpa... yo le abandoné a él... Y averiguaré, como es mi derecho, cuál es la vida de Leonardo, ya que tú supones...

—Lo que he visto, Isabel, no da lugar a engaño... Hay otra mujer en su vida.

—Bien, Larry; ruégote que no insistas en abrumarme... Te agradezco tus indicaciones... pero tal vez hubiese preferido que te evitases la molestia de procurármelas.

A la mañana siguiente, en su taller, Leonardo releía en un periódico el siguiente anuncio:

La lista de pasajeros del vapor «Carmania» incluye personajes notables. Además de la famosa escultora, Katherine Dare, vinieron de Europa en ese trasatlántico la señora de Leonardo Fayne, esposa del notable escritor y...

Aquí se detuvo Leonardo y reflexionó un

corto instante, tras el cual, temiendo ceder al deseo de ir en busca de su mujer, y creyendo que su dignidad de hombre padecería con ello, Leonardo decidió definitivamente poner el Océano entre Isabel y él.

Firme en su repentino proyecto, el escritor manifestó a Estela, que ya estaba enterada de ello desde la primera vez que Leonardo leyó el aviso del regreso de su esposa—aunque ella no sabía por lo que era, pues por delicadeza no se lo preguntó:

—Me marchó, sí... Voy a comprar los billetes... Mañana a estas horas estarás en el campo... Te mandaré a casa de mis parientes.

—Sí, y usted estará en alta mar, con sus amigos—respondió Estela con tristeza.

No fué más explícito con ella Leonardo, y Estela, pensando en el día, que más tarde o más temprano podría llegar, de la separación de su protector, se puso aún más triste.

Absorta como estaba en sus ideas sobre el porvenir, Estela no pudo evitar la desgracia de que se le cayera al suelo, haciéndose añicos, la estatua de Isabel que ocupaba el sitio de honor en el taller de Leonardo.

Anonadada por tal torpeza suya, Estela recogió uno a uno los destrozos y se quedó contemplando la cabeza, que fué el único pedazo que se salvó de la catástrofe.

En esta operación estaba ocupada Estela cuando, resuelta a conocer por sus propios ojos a la sirena cuyos encantos habían fascinado a Leonardo, se presentó en el taller Isabel.

—¿Se puede?—preguntó desde fuera, empujando la puerta, que cedió.

—Adelante—contestó, sin volverse, Estela.

A la vista de Estela, quien daba la espalda a la entrada del piso, Isabel vió confirmadas las declaraciones de Larry; pero al acercarse a la huerfanita y al verla, desechó sus dudas. ¡Su bondadoso rostro no le inspiró la menor desconfianza! ¿Era, acaso, una criada?

Estela miró alternativamente a Isabel y la cabeza de la estatua derribada, hasta que osó preguntar a aquélla:

—¿No es usted... ésta?

—Sí, ¿cómo lo sabe?

—Porque son iguales los dos rostros... Estoy desconsolada... ¡El señor Fayne tenía siempre la estatua con flores... y ahora, estúpida de mí, la he hecho pedazos! Va a tener un disgusto cuando vea rota la estatua... ¡Y haberla roto yo, que le debo tanto...!—plañióse Estela.

—¿Quisiera usted contestar a ciertas preguntas, señorita?—preguntóle Isabel—. Por de pronto, no se preocupe usted por lo que ya es

irremediable. Nada le ha de pasar... Tranquili-
cese... Y hábleme con franqueza...

Estela le contó toda la verdad a Isabel, y ésta, bendiciendo para sí a Leonardo, alma buena y generosa como la primera, obró conforme a la justicia.

—Le voy a revelar una cosa que usted ignora: yo soy la esposa de su protector, y desde hoy seremos dos a quererla a usted. Leonardo no se marchará, téngalo por seguro, pues yo me quedo aquí para impedirselo. Arréglese aprisa...

—¿Aprisa? Es que no sé ponerme el vestido nuevo.

—Yo la ayudaré... ¡Ya está! Parece usted otra. Tome, ahora, mi tarjeta, en la que he escrito algo para el chófer, y déjese llevar por él a mi casa.

—¿No se enfadará el señor Fayne?

—Pronto nos reuniremos todos, Estela... Vaya tranquila.

Partió, pues, Estela, e Isabel, ocupando el lugar de la primera, preparaba la comida empezada para Leonardo.

Este y Larry llegaron casi a un tiempo.

Larry iba a verle de nuevo, dispuesto a todo y comenzó por decirle:

—Ya he leído su libro, Fayne... Me gusta de veras... Por lo visto tiene un éxito colosal.

—Sí, el suficiente para permitirme largarme a Europa a descansar... que buena falta me hace —le contestó para despistarlo.

Isabel, entretanto, estaba al acecho de la conversación detrás de la puerta de la cocina.

—Hombre, voy a hacerle una proposición... Puede divertirse, gastar cuanto guste, viajar por donde se le antoje... Yo proporcionaré el dinero si consiente en una cosa...

—¿De qué se trata...?

—Le propongo que entable demanda de divorcio contra Isabel.

—¡Basta!... ¡Fuera de aquí!... Razón tuve de sospechar a lo que venía usted a mi casa. ¡Fuera he dicho!

Pero Leonardo se detuvo, de súbito, ante los destrozos de la estatua de Isabel, todavía esparcidos por el suelo, y recogió la cabeza con temblor en todo su ser. ¿Quién había causado la desgracia?

Aprovechando esta circunstancia, Larry murmuró a Leonardo, maliciosamente:

—Hay cosas que... una vez rotas... no pueden remendarse.

—¡Eso no es cierto!— protestó vivamente Leonardo—. Yo he vuelto a ser el hombre que fui antes. Y algún día lo sabrá Isabel... Y, de aquí a entonces, no se acerque a ella, Larry, si no quiere que le desnude. Y ahora líbreme



...y recogió la cabeza con temblor en todo su ser. ¿Quién había causado la desgracia?



....y Leonardo, que suponía era Estela, creyó estar soñando al verla delante de sí.

de su enojosa presencia. Si se lo he de repetir, puede que sea peor para usted.

—Ya me voy, Leonardo... y ya veremos lo que opina de usted Isabel.

—¿Lo que ella opina de mí...? — repitió, a solas, Leonardo. ¿Qué opinaría si supiera lo que



—Olvidemos los destrozos y las heridas... y amémosnos más que antes...

yo he hecho durante su abandono? ¿Qué dirías, dí, Isabel, si yo te dijese que me salvé por tu amor?—preguntó, ensimismado, a la cabeza de barro que sostenía en sus manos.

Isabel, dichosa como jamás lo fué, se acercó a Leonardo y éste, que suponía era Estela,

creyó estar soñando al verla delante de sí.

—Diría—respondió Isabel—que te amo con toda mi alma y que la separación sólo aumentó mi pasión por tí.

—¿Isabel! ¿Cómo es posible...? ¿Tú, aquí?... ¿Y Estela?

—La mandé a *nuestra* casa. Lo sé todo y estoy admirada de tí. Perdón, mi Leonardo, perdón...

—¿Qué dices?... ¿que yo te perdone? Pero si es a mí a quien corresponde pedírtelo a ti... Pero ya soy bueno, Isabel, como tú me deseabas. Fuí un necio, lo reconozco.

—Olvidemos los destrozos y las heridas... y amémosnos más que antes, Leonardo mío.

—¡Sí, mi Isabel, mi mujercita idolatrada!...

FIN

(Prohibida la reproducción)

Este número ha sido sometido a la previa censura militar

PRÓXIMO NÚMERO

La puerta cerrada

Sugestiva película basada en la célebre novela del insigne escritor JORGE GIBBS, magistralmente interpretada por el mimado artista de la pantalla **FRANK MAYO**.

¡ÉXITO INMENSO!

Postal-fotografía:

Elinor Fair

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles. Precio: 25 céntimos.

RECUERDE USTED ESTOS TITULOS:

LOS HIJOS DE NADIE
EL TRIUNFO DE LA MUJER
EL PRISIONERO DE ZENDA
EL JOVEN MEDARDUS
LOS ENEMIGOS DE LA MUJER

5 preciosas novelas de la Biblioteca

Los Grandes Filmes

de

La Novela Semanal Cinematográfica

¿Precio?

UNA PESETA

NO OLVIDE QUE

FERRAGUS

(Los Trece)

y

EL PAGO QUE DAN LOS HIJOS

son 2 novelas de sugestivo y emocionante asunto de la

COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS

de

La Novela Semanal Cinematográfica

Precio sin igual

UNA PESETA

La Novela Semanal Cinematográfica

Números publicados

1, No hay juegos con el amor, 6 ediciones. 2, El Valle Florido, 3 ediciones. 3, Amor de madre, 3 ediciones. 4, La Virgen de las Rosas, 3 ediciones. 5, La culpa ajena, 3 ediciones. 6, De hombre á hombre, 3 ediciones. 7, Una mujer, 3 ediciones. 8, Pesadillas y supersticiones (extraordinario), 3 ediciones. 9, Desinterés, 3 ediciones. 10, El Hábito, 3 ediciones. 11, Jimmy Sansom, 3 ediciones. 12, La primera novia, 3 ediciones. 13, El pequeño Lord Fauntleroy (primera jornada), 3 ediciones. 14, El pequeño Lord Fauntleroy (segunda jornada), 3 ediciones. 15, La tormenta, 3 ediciones. 16, Flor de amor, 3 ediciones. 17, La Pantera Negra, 2 ediciones. 18, Bajo dos banderas, 2 ediciones. 19, Corazón de lobo, 2 ediciones. 20, Sueños juveniles, 2 ediciones. 21, El mundo y la mujer, 2 ediciones. 22, Corazones humanos, 2 ediciones. 23, El premio gordo, 2 ediciones. 24, La desconocida, 2 ediciones. 25, Robín de los bosques (extraordinario), 2 ediciones. 26, La Verdad Desnuda, 2 ediciones. 27, El octavo no mentir, 2 ediciones. 28, Cleo la francesita, 2 ediciones. 29, La hija del pasado, 2 ediciones. 30, La chica del taxi, 2 ediciones. 31, La hija de los traperos, 2 ediciones. 32, El príncipe escultor, 2 ediciones. 33, Llovido del cielo, 2 ediciones. 34, Mujeres frívolas, 2 ediciones. 35, Al calor del hogar, 2 ediciones. 36, Sapho, 2 ediciones. 37, Directo de París, 2 ediciones. 38, Lo que vale una mujer, 2 ediciones. 39, El Valle de los Gigantes, 2 ediciones. 40, La sombra del padre, 2 ediciones. 41, Madame Morland (extraordinario), 3 ediciones. 42, Un juego

Postal-fotografía:

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Chaplin. 4, Perla Blanca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary-Douglas. 9, Francesca Bertini. 10, Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Frank Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpin. 15, Pina Menichelli. 16, Livio Pavanelli. 17, Norma Talmadge. 18, Tom Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aimé Simon Girard. 21, June Caprice. 22, Sessue Hayakawa. 23, Alice Brady. 24, Georges Biscot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Elena Makowska. 34, Jorge Walsh. 35, Viola Dana. 36, Camilo de Riso. 37, Alice Terry. 38, Hoot Gibson. 39, Clara Kimball Young. 40, Lee Moran. 41, Maria Jacobini. 42, William S. Hart. 43, Tsuru Aoki. 44, Herbert Rawlinson. 45, Betty Compson. 46, Jackie Coogan. 47, Dorothy Dalton. 48, Larry Semon. 49, Mabel Normand. 50, Gustavo Serena. 51, Marie Dupont. 52, Alberto Capozzi. 53, Leatrice Joy. 54, Charles Hutchison. 55, Gloria Swanson. 56, Rodolfo Valentino. 57, May Mac Avoy. 58, Mario Bonnard. 59, Eva May. 60, Milton Sills. 61, Margarit Livingston. 62, Ermete Zaccóni. 63, Mae Murray. 64, «Snub» Pollard. 65, Bebé Daniels. 66, William Farnum. 67, Catalina Williams. 68, Alberto Collo. 69, Lillian Gish. 70, Max Linder. 71, Hope Hampton. 72, Thomas Meigham. 73, Mary Philbin. 74, Ramón Navarro. 75, Alla Nazimova. 76, Tullio Carminati. 77, Virginia Valli. 78, Eric Von Stroheim. 79, Ruth Miller. 80, Will Rogers. 81, Jacqueline Logan. 82, Tom Moore. 83, Bessie Love. 84, Wesley Barry. 85, Mme. Robinne. 86, Lon Chaney. 87, Corinne Griffith. 88, Douglas Fairbanks (hijo). Polo (Especial), 89, Anita Stewart. Mary Pickford y Douglas Fairbanks (Especial). 90, Jack Pickford. 91, Italia Almirante Manzini. 92, Douglas Mac-Lean. 93, Mlle. Madys. 94, Johnny Jones. 95, Marguerite de la Motte. 96, Norman Kerry.

peligroso. 43, De mal agüero. 44, Veintitrés horas y media de permiso, 2 ediciones. 45, El delincuente 46, La hija del arrabal. 47, El rancho del oro, 2 ediciones. 48, El falsario. 49, De los confines del silencioso Norte. 50, Entre hielos. 51, La Rosa de Nueva York (extraordinario), 2 ediciones. 52, El precio de la belleza. 53, Contra viento y marea, 2 ediciones. 54, No me olvides, 2 ediciones. 55, En los jardines de Murcia (María del Carmen) 56, Sacrificio de amor. 57, Eugenia Grandet, 2 ediciones. 58, La Bohème (extraordinario), 3 ediciones. 59, ¡Pobre Violeta! 60, Realidades de la vida. 61, ¡Estaba escrito! 62, Las dos huérfanas 4 ediciones. 63, El pescador de perlas. 64, La sin ventura (extraordinario), 3 ediciones. NÚMERO ALMANAQUE. 65, La pequeña parroquia. 66, Frou-Frou, 67, La Famosa señora de Fair. 68, La apuesta sensacional. 69, El Secreto de Polichinela, (extraordinario). 70, La Quinta Avenida. 71, El duodécimo mandamiento. 72, Maruxa. 73, La hija del Nuevo Rico. 74, ¿Por qué cambiar de esposa? (extraordinario). 75, Relámpago. 76, La Dolores. 77, Como la arena. 78, La cuna vacía. 79, El encanto de Nueva York. 80, Borrascoso amanecer (extraordinario). 81, Rosario la Cortijera. 82, La película sin título. 83, Una mujer como otra cualquiera. 84; Todos los hermanos fueron valientes. 85, La batalla; (extraordinario). 86, Espejos del Alma. 87, Gloria fatal. 88, Lo que las esposas quieren. ESPECIAL DEDICADO A POLO. 89, Una novia para dos. ESPECIAL DEDICADO A MARY PICKFORD Y DOUGLAS FAIRBANKS. 90, El muchacho de París. 91, Las sentencias del Destino, (extraordinario). 92, Redención. 93, Alma de Dios. 94, La señorita del pelo corto. 95, Las hijas de los hombres ricos. 96, El novelista y su esposa, (extraordinario).